

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## LOS IMPERIOS SUBTERRANEOS (II)

## VIAJE DENTRO DEL TUNEL

DOS escritores franceses, André Harris y Alain de Sedouy, han publicado recientemente un sensacional reportaje político. Los dos autores habían ya dado a conocer su reputación profesional como investigadores de grandes cuestiones de interés general y como editores de excelentes emisiones televisivas y de dos filmes «Le chagrin et la pitié» y «François, si vous saviez», que en su día llamaron poderosamente la atención del público por su directa y original presentación y su amargo contenido crítico. El reportaje de ahora se llama: «Voyage à l'intérieur du parti communiste» y es quizás el documento más vivo, más cercano y más autorizado que ha visto la luz en Francia sobre el importante tema.

Más de cuatro meses de trabajo y cerca de un millar de entrevistas han servido para elaborar el ensayo. Lo más llamativo es, naturalmente, que el «viaje», se ha hecho de acuerdo y con el permiso explícito del partido francés y de sus cuadros y autoridades a diversos niveles. Ni Harris, ni Sedouy son comunistas, ni sospechosos de simpatía o de secreta concomitancia con el marxismo soviético. Su testimonio es por consiguiente imparcial y objetivo, como un relato periodístico destinado a informar al lector, no a convencerle, ni a predisponerle en uno u otro sentido. Lo que han hecho estos magníficos reporteros es entrar en el «túnel» con autorizaciones y requisitos totales; recorrerlo entero; interrogar a centenares de afiliados, militantes, cuadros, dirigentes, intelectuales, parlamentarios y líderes sindicales. Escuchar y transmitir opiniones. Preguntar con acierto e intención. Y volver de la excursión con un riquísimo material de primera mano que, sin apenas elaboración propia, someten al juicio del lector para explicarle qué es, cómo funciona, quién dirige y en qué forma piensa un partido político francés que lleva casi treinta años obteniendo entre un 20 y un 25 por 100 de los votos emitidos en las elecciones populares, lo cual significa que desde 1946, un francés o francesa de cada cuatro, o de cada cinco, simpatiza o apoya o cotiza dentro de la gran agrupación política y sindical, que tuvo como jefes históricos a Marcel Cachin, Maurice Thorez y Jacques Duclos.

El «Viaje» es fascinante por la gran variedad de datos adquiridos en la encuesta realizada. Todo lo referente al comunismo y a sus actividades ha sido en la Europa occidental objeto de recelosa suspicacia de una parte, y de cierto velo de clandestinidad por otra. Los dos grandes partidos comunistas de occidente han sido desde 1945, hasta ahora, el italiano y el francés. (Veremos qué porcentajes electorales alcanzan el portugués y el griego, recién salidos del letargo de sus clandestinidades de 27 y 48 años respectivamente). Se reforzaron y engrandecieron considerablemente comunistas italianos y franceses a través de la II Guerra Mundial y de su participación activa en las guerrillas de resistencia contra la ocupación de los nazis y contra el fascismo en derrota. De la posguerra inmediata nacieron gobiernos de coalición en Roma y en París, en que el Partido Comunista colaboró públicamente con las restantes fuerzas políticas ocupando puestos de alta responsabilidad gubernativa y obteniendo sus primeras resonantes victorias electorales. Pero ese período duró poco tiempo al advenir la guerra fría. Desde 1950 puede decirse que los partidos comunistas, francés e italiano, con sus millones de votantes, sus cientos de miles de afiliados, sus cientos de diputados y senadores, sus miles de concejales y alcaldes quedaron prácticamente relegados a un «ghetto» político, en virtud de la existencia de la Alianza Atlántica, que obligaba a los gobiernos de los países de occidente a alinearse en un anticomunismo activo y que trazó entre los diversos socia-

lismos europeos y el comunismo una línea divisoria de profunda y tajante separación.

Ha sido ahora, a partir de 1972, el iniciarse la política de «detente» entre Rusia y Norteamérica y acabarse temporalmente la guerra fría, cuando la táctica general del comunismo occidental ha cambiado sustancialmente. En la reciente elección presidencial francesa, la izquierda unida apoyaba a Mitterrand, candidato socialista, vinculado al programa común. Y el P. C. francés, sin renunciar a su identidad, suscribía la necesidad de aceptar la Comunidad Económica Europea y los compromisos militares de la Alianza Atlántica como dos hechos inevitables de la geopolítica de la Vª República. En Italia, el Partido Comunista italiano, que dirige el aristócrata Berlinguer, se lanza a buscar en las alianzas con el centro el camino de la participación en el poder, después de un cuarto de siglo de «ghetto» político. El comunismo portugués figura ya en la coalición gobernante desde la caída de Caetano y evita cuidadosamente en su lenguaje la dialéctica violenta o las locuciones que podrían malsonar en los oídos democráticos. Parecida, pero con otros matices y circunstancias, es la actividad cautelosa del P. C. griego, recién nacido a la legalidad. Parecía como si, obedeciendo a una general consigna emanada de los niveles superiores, el comunismo europeo occidental, asomado al mar Mediterráneo, intentara, apoyado en ese alto porcentaje de seguidores, obtener a favor del momento histórico que les favorece y de la grave crisis económica que les concede un clima sumamente propicio, la conquista legal —aunque sea compartida— del poder político.

Por eso resulta doblemente instructivo el libro que comentamos. En Francia hay, según estadísticas propias, unos cuatrocientos mil afiliados cotizantes al P. C. francés. Los cuadros que forman el aparato dirigente son a distintos niveles unos cien mil. La pirámide, cada vez más estrecha, sigue subiendo y llega finalmente al Buró político; al Comité Central y al secretariado del partido, donde reside la decisión ejecutiva. El Comité se compone de 120 miembros y el Buró político solamente de diecisiete, que almuerzan todos los días en sesión de trabajo en el último piso de su inmueble social, en la Place Fabien de París. Constelación aparte, la forman los intelectuales, entendiendo por tales los profesionales, los universitarios, los periodistas, los escritores, la «intelligentsia» en suma. Su influencia es muy grande en el ámbito social y relativamente escasa en el aparato mismo, que teme —como todos los dogmatismos— los desvíos del pensamiento libre. Luego existen la escuela central de formación de dirigentes, «el seminario», como lo llaman; los poderosos vínculos sindicales; las ramificaciones de previsión y sanidad; los instrumentos de propaganda y agitación; los clubs deportivos; las asociaciones culturales; los grupos juveniles; las actividades artísticas y teatrales; las fuertes federaciones femeninas; un mundo entero en fin, extenso, bien organizado, con disciplina severa, solidario en la necesidad, reservado y homogéneo en las grandes líneas del pensamiento y de la acción, intervigilado por sí mismo.

¿Es monolítica esa montaña considerable, cuyo túnel atraviesan en una sustanciosa encuesta desde las células de base hasta los más altos niveles federativos o los círculos intelectuales, Harris y Sedouy? Sí y no. De las respuestas a las preguntas más comprometidas —Solzenitsin; Praga, stalinismo; programa común; rivalidad con China; relaciones con la «gauche» más o menos divina— se deduce una cierta variabilidad de criterios y aun disparidades de interpretación en el orden individual de los

encuestados que pertenecen a los más variados medios sociales. Pero cuando se observa el mecanismo interior de las cuestiones fundamentales que agitan la doctrina del partido o sus actitudes decisivas, se llega a la conclusión de que incluso las células más humildes que forman el tejido conjuntivo de la organización, envían su mensaje al sistema nervioso central —el Buró político o el Comité— para recibir instrucciones homogéneas y concretas que luego son circuladas a los fieles. La Biblia marxista sigue siendo el Código fundamental de las interpretaciones temporales, aunque los problemas del final del siglo XX no tengan prácticamente relación alguna con los contextos socio-económicos sobre los que operaba la inteligencia analítica de Carlos Marx hace ciento veinticinco años. Y en ese sentido sigue operando monolíticamente el aparato del partido sobre sus seguidores como una Iglesia hacia sus miembros, con la estricta observancia de la ortodoxia, el rigor inquisitorial hacia los herejes, la semántica especial para el lenguaje interior (del que trae un curioso vocabulario o «lexikon», como apéndice, la obra), el examen de conciencia que puede llevar a la confesión pública, y el sentido jerárquico y reverencial de los mandos. Para que la analogía eclesial sea más viva, nos cuentan los autores que lo único que fue vetado en su investigadora expedición fue la visita al Comité Central y al «Buró político». Roland Leroy, que pasa por ser el número dos del partido, tras de Georges Marchais, explicó: «Eso es la liturgia. No se puede tocar».

«El Partido Comunista es también parte de Francia y sus afiliados y militantes son ciudadanos franceses como los demás», aclaran los autores al comienzo de la obra. Sería difícil negar el aserto. Pero es impresionante conocer el alcance, la dimensión, la profesionalización de los militantes activos, la disciplina, los medios instrumentales, el poderío de esa gran agrupación que tiene unos fines y propósitos definitivos y unas ideas precisas y concretas sobre la toma del poder; la conquista de la opinión pública, por los canales de comunicación social; la destrucción sistemática de la estructura productiva del neocapitalismo de la era tecnológica y la puesta en su lugar de otro modelo económico del que cabe decir, a la vista de los resultados obtenidos, no ya en Rusia, ni en China, sino en los países de la Europa oriental próxima, que teniendo a su disposición, primeras materias, infraestructura y cuadros suficientes para lograr cifras de producción y progreso industrial competitivo con la Europa occidental vecina, alcanzó siempre unos niveles cuya diferencia no es necesario subrayar.

El «Viaje» es impresionante e instructivo; sobre todo cuando se piensa que se podrían realizar otros muchos reportajes semejantes, en casi todos los países del mundo libre cuyos «túneles» se intercomunican de modo permanente. Es el otro «imperio subterráneo» y conviene saber su importancia y conocer el trazado de sus galerías, para no llevarse sorpresas. El análisis marxista sostiene que el paso del capitalismo al socialismo se producirá con la misma fatalidad histórica que se pasó del feudalismo medieval al capitalismo. Sería una trágica paradoja que ese tránsito desembocara, otra vez, en una nueva era de fanatismo seudoreligioso, con Tribunales de la Inquisición, supresión del pensamiento libre, archipiélagos carcelarios y un libro supremo que lo resuelve todo. Y que a eso se le llamará la definitiva liberación del hombre.

José M.<sup>a</sup> DE AREILZA

## «LA MAQUINA DE RETRATAR»

# Materiales para el recuerdo

POR ejemplo, el retrato. Y empezamos por advertir que ese chisme hoy tan considerablemente popularizado, la cámara fotográfica, fue llamado al principio —entre nosotros, por lo menos— «máquina de retratar». Porque, en efecto, las cosas, muchas cosas, entraron en vías de cambio cuando los retratos pudieron hacerse «a máquina» o «con máquinas», es decir, sin necesidad de acudir a las raras, delicadas habilidades del pintor. Hasta entonces, el retrato venía a ser un hecho insólito en la vida de la gente, y para la inmensa mayoría, para casi todos, ni siquiera asequible. No entraremos ahora en la cuestión de si, a través de los pinceles, el retrato resultaba, o no, tan «parecido» como convenía. Digan lo que gusten los comentaristas de arte, los retratos han de parecerse al modelo: eso es lo único que los justifica en tanto que «retratos», desde luego. Pero hacerse pintar por un pintor siempre tuvo que resultar caro: las tarifas variarían, según la categoría del artista, por supuesto; caras, de todos modos. El espricho quedaba restringido, en consecuencia, a las personas de buena bolsa: reyes, familias de reyes, aristócratas, burgueses sólidos, eclesiásticos de alta graduación. La historia de la pintura occidental —de la Baja Edad Media para acá— tiene en el «retrato» alguno de sus momentos más ilustres.

Habría mucho que hablar acerca del retrato prefotográfico, sin duda. Entre Velázquez y Goya, para reducirnos a estos reinos y a palacio, la diferencia es tremenda, y no se limitaba a las técnicas, precisamente. La máquina obvió, hasta cierto punto, tales disparidades: el «objetivo» es, en definitiva, bastante objetivo, y la imagen que recoge y trasfiere permite ser atendida con nuevas garantías. También con la cámara se pueden hacer trampas. ¡Y tantas! Pero ya son otra cosa. De todos modos, la máquina «democratizaba» el retrato. A partir

de ella, ya se pudo retratar la mesocracia inferior; luego, hasta se hizo retratar el proletariado militante. Toda la carga de posibilidades emotivas que comportaba el retrato, de pronto, se hizo evidente cuando se multiplicaron los «estudios», y, más, cuando salieron a la calle los modestos fotógrafos ambulantes. Rompieron el fuego las damas encopetadas, de corsé egregio y tocado solemne, y los caballeros de la propia índole. Enseguida vino la boda, el conjunto familiar, la primera comunión, y finalmente el mismísimo recluta, que desde su cuartel lejano enviaba a la novia o a los padres la «vera efigies» de su apostura marcial... Eran, todavía, retratos forzados: el cliente, ante la cámara, «posaba», adoptaba la actitud que le pertenecía a su rango o a su ringorrango, casi como lo habría hecho ante un pintor. Pero eso sólo eran los comienzos. La industria del ramo no tardó en ofrecer más posibilidades.

Hoy, todo el mundo tiene su cámara. Un individuo cualquiera no necesita ser fotógrafo profesional para hacer «retratos». Ignoro el detalle de la cronología en que se despliega el proceso. Cuando la firma Kodak puso en juego su slogan de «Vacaciones sin kodak son vacaciones perdidas» aún buscaba compradores entre la clase alta, o más o menos alta, porque por entonces las vacaciones continuaban siendo una oportunidad privilegiada. Ahora, las «vacaciones pagadas», tan difundidas, coinciden —y quizá no es casual la coincidencia— con la baratura de las maquinillas, y quien no se retrata es porque no quiere. Y así, el retrato, de repente, se propaga y se integra en la «vida» de cada cual: es un hecho sin precedentes. No importa, en la nueva rutina, que el artificio sea delicado o primario; existen a la venta mecanismos sutiles, para la filigrana del hobby, y mecanismos rudimentarios, para simplemente salir del paso. De cara a una

aplicación inmediata, lo mismo da. Y las muchedumbres circulantes —y las sedentarias— se lanzan a sacar fotos: del nene, de la suegra, de las amistades, de una naiga incidentalmente brindada en la playa. Y aunque la «pose» arreglable siga en vigencia, como por instinto, lo habitual es captar el gesto espontáneo y sin reservas. La introducción del color y del cine doméstico añaden recursos al entretenimiento. No son únicamente «retratos» lo que se hacen los unos a los otros, pero sí, sobre todo, retratos.

Y la cosa merece su grano de reflexión. ¿Qué es un retrato? Me refiero, para comenzar, al retrato de uno mismo. Uno nace, crece, se reproduce y está a punto de morir, y de su cara, de su cuerpo entero, apenas tiene más que la confusa noticia que le da el espejo cotidiano. Es, por lo demás, una noticia fugaz, difícil de concatenar a través de los años, erosionada por la habitualidad. La fotografía detiene el tiempo, y lo conserva. Nos devuelve a la realidad que fue un instante: la niñez, el primer pantalón largo, la «oria» universitaria o la mili, las nupcias, el bautizo del hijo o del nieto, y todas esas infinitas pequeñas cosas que se suman en la vulgar biografía de cada vecino. Mediante la foto, uno se identifica consigo mismo: se «ve» en el pasado, se autorrecobra en la sucesiva acumulación de imágenes, salva las ingenuas anécdotas de las horas. Se trata de un ingrediente inédito de la memoria. Casi me atrevería a decir que sin la foto la memoria nunca pudo ser medianamente válida. Nuestros abuelos, cuando se hallaban en su plenitud patriarcal, ¿se acordaban de cómo fueron de chicos, de mozos? El dato gráfico introduce en nuestras predisposiciones morales y mentales un elemento que no estuvo al alcance de Platón, de Carlomagno, de Shakespeare, de Hegel. Ni siquiera los que se podían retratar por un pincel fidedigno al-

canzaban a más de media docena de cuadros —en la hipótesis más fluida, de un príncipe o de un señorón.

Gracias a una foto impertérrita, me veo a mí mismo, de crío, vestido de marinero y con una inscripción en mi gorra que dice: «Dédalo». O mis piadosas posiciones ante la cámara, cuando me iniciaron en la eucaristía. O mis ratos de joven deslucido. O... Las fotografías me obligan a reconocermos en «éste» que fui, en cómo lo fui y que no he dejado de ser, de momento. Su eficacia documental se cumple en mis propios ojos, y en mi recuerdo. Porque son recuerdos rescatados de la duda, de la incoherencia, de la niebla. La módica cartulina, tal vez, nos produce un poco de melancolía, incluso de amargura. ¿No dijo alguien que «la memoria es una fuente de dolor»? Lo sea o no, la memoria —una «facultad del alma», según la cháchara escolástica— forma parte esencial de la conciencia. Y de cualquier «consciencia». Suplente y soporte de la memoria, la fotografía concede una entidad particular a lo que nosotros somos, justo porque nos lleva a recuperar algo de lo que fuimos y, especialmente, de cómo fuimos. Eso del «cómo» es decisivo. Vivir es mudar. O si se quiere: vivir es envejecer. A la larga, son las arrugas, los alifates, el desánimo, la perspectiva del final lúgubre. Un álbum de fotos es «historia»: la historia contrada de las personas, con su aire de «momento» y con sus breves resurrecciones de nostalgia. Como toda historia, es también mucho más que eso. En cualquier hipótesis, ahí está, contra el olvido, la fotografía. Y el cine, y el magnetofón, y las restantes «fijaciones» de nuestro tránsito respirado y trivial...

Joan FUSTER

### REHABILITACION MEDICA DE LA TARTAMUDEZ

CENTRO MEDICO DE REHABILITACION Y LENGUAJE  
Calle Descartes, 6, torre  
LUNES, MIERCOLES Y VIERNES, de 4  
a 7. Pidan hora al teléfono 211-42-29

### GRUPO DE CAZADORES

Le ofrecemos en finca ideal y con las más variadas especies a 130 kilómetros de Madrid. Perdiz, faisán, pato, liebre, etc. Venta

Informes: Teléfono 256-50-08

### EUROPA, S. A.

COMPANIA ESPAÑOLA DE CAPITALIZACION

autorizada por la Dirección General de Seguros. En el sorteo celebrado el día 31 de octubre de 1974, entre notario, han resultado premiados los títulos portadores de las combinaciones siguientes:

L W B C Y Q C L L M O U O  
C H K L O L L O Q U T S Y I

Solicite información sobre esta modalidad en Previsión y Ahorro

Domicilio Social  
Paseo de Gracia, 83  
BARCELONA - 8

### REPAR, S. A. REFORMA PISOS

Cocinas y baños  
Grandes facilidades  
Padilla, núm. 347

TELEFONO 256-69-02